

La obra inacabada

Todo proceso creativo corre el riesgo de entrar en el bucle de lo infinito. Música, escultura, literatura, arquitectura... y por supuesto, la creación de imágenes a través de la pintura o fotografía, entendida ésta última en un sentido amplio que va más allá del reflejo automático de la imagen tras pulsar el disparador de cámara. Conseguir cerrar el proyecto creativo supone casi un trauma de elementos sacrificados por el autor en pos de un necesario final, pero eso no es más que la primera parte de un proceso que acaba de comenzar. A partir de ese momento, ya no serán los exigentes y aturdidos ojos del autor quien valore su propia obra, sino el espectador despiadado que, sin perder nada a cambio, juzgue a su antojo divino el resultado ofrecido. Antojo, que por definición, será infinito, en tanto en cuanto, infinitos espectadores dispuestos a mirar existan.

Dentro del ámbito fotográfico, siempre me han sobresaltado las rigurosas interpretaciones de imágenes por ojos ajenos y mentes expertas. Sobresaltado no significa contrariado, pero sí intrigado sobre lo certero de los análisis. La imagen, como tantas otras cosas, se convierte en una disciplina que necesita ser desarrollada, teorizada, desmenuzada y calificada. La intriga aumenta especialmente con aquellas imágenes que con el paso del tiempo consolidan su valor y, por tanto, también sus interpretaciones, hasta el punto de no saber si el significado de la imagen fue el pretendido por su autor o el deducido por sus intérpretes.

El paso del tiempo se empeña en borrar pies de foto que aclaran su interpretación, perdurando el protagonismo de la imagen, expuesta por defecto a insospechados propósitos ajenos al autor y sus protagonistas. Una caja de pandora que, abierta, desbordaría mi limitada capacidad de análisis abocada a la contradicción inevitable. Como ejemplo, planteemos a continuación la significación de una imagen icónica del siglo XX. Corrían años de juventud y en medio del fervor festivo de una manifestación por el “NO a la guerra”, alguien me planteó el dilema sobre qué pensaría el Sr. Ernesto Guevara si viera su rostro abanderado por los movimientos pacifistas. A partir de aquí se abriría un delicado análisis sobre la intención del fotógrafo en aquel 1960, las circunstancias que elevaron la imagen del Che a icono, su verdadera naturaleza individual y las infinitas utilidades de ella durante décadas. Gombrich (2002) afirma que “la representación del mundo en imágenes depende de la intención del artista y de la lectura del espectador”, pero quizá ello no sea suficiente.

El infinito es el recipiente que combina las inercias entre el creador y quien observa, pero mientras el primero tiene la capacidad de romper el bucle en el presente entregando la obra, la actitud futura del segundo es impredecible, convirtiéndose la Historia en la única con capacidad de delimitar las interpretaciones en el tiempo. En realidad, es una afirmación tan válida como insostenible, pues la inocencia del autor se ve en ocasiones traicionada por la verdad de la imagen, o viceversa. Por lo menos, la afirmación, nos puede servir como punto de partida. Para ello, analicemos aquellas imágenes escogidas por el ejercicio planteado al inicio del semestre bajo el epígrafe “Modos de ver” y cuyos pies de foto fueron inventados.

El ángel caído. Significado

Juegos Olímpicos de Seúl 1988, final de 100m lisos. Un claro ejemplo de imagen que trascendió la propia intención del autor convirtiéndose en un símbolo de aspiración por la gloria y el oscuro imperio del dopaje. La significación de esta fotografía fue transformándose según los acontecimientos descubrieron la verdad detrás de cada atleta, y



por supuesto, el relato de los analistas se acomodaba a la nueva realidad. La imagen inicial de gloria contra pronóstico, acabo siendo recordada como “la final más tramposa de la historia de los Juegos Olímpicos”. Por tanto, se podría decir que fue el rigor de la Historia la que marcó el final de la interpretación a esta famosa fotografía.

El ángel desnudo. Simbolismo

Marta Sánchez es portada de la revista *Interviú* en 1991. La cantante, icono musical y erótico de los años 90, la pasión rubia en versión española, se desnuda protagonizando el mayor éxito de ventas de la revista hasta entonces y una expectación de alcance nacional entre el público masculino español. Mucho se ha escrito al respecto sobre este desnudo acompañado de polémica desde su lanzamiento. La Historia, en este caso, no termina por aclarar lo que rodeó aquel bombazo mediático, cuyo resultado fuera probablemente el pretendido por sus autores, pero no el deseado por su protagonista.



Al margen de todo ello, el espectador masculino ávido de destapes, interpretó toda aquella composición de imágenes al descubierto bajo los primitivos códigos del placer visual y elevando a icónica la imagen desnuda de la cantante colgada en taquillas de vestuarios, garitas de vigilantes, carpetas de estudiantes o escondida en cajones de adolescentes que descubrían en analógico los secretos del deseo. Autor, protagonista y espectador con intereses divergentes y una historia, la de las fotos, todavía por aclarar.

El ángel muerto. Simetría

Muro que separa Israel de Palestina por Koudelka, siglo XXI. La imagen de un muro es tan fría como explícita, pero su significado es perfectamente interpretable según los ojos con que se miren. La historia que recorre el muro se remonta a décadas de enfrentamientos, siendo contradictoria según por quien haga el relato, dejando apenas al espectador optar por alguno de los bandos. Una realidad ante la que sería casi imposible mantenerse al margen de interpretarla. Por ello, es aquí el autor quien marca el verdadero significado de la imagen destinada a ser leída por aquellos que desean comprender y por quienes necesitan consuelo.



La incógnita en los espectadores del lado opuesto, reside sobre cuál será su mirada, o si será el propio muro quien impida mirar.

“La vista establece nuestro lugar en el mundo circundante” (Berger, 1972). O dicho de otro modo, utilizando las palabras del propio escritor inglés, *nuestro mundo circundante establece nuestros modos de ver*. Por ello, la Historia funciona en ocasiones como el último recurso para resituar la mirada y comprender aquello que las imágenes quisieron significar. La Historia como auditora, desvelando mensajes contruidos a través de una “simbología intencionada” (Gombrich, 2002). La Historia como instrumento académico que explique el concepto de representación. La Historia como mecanismo para juzgar con los ojos de la perspectiva, imprescindible para evitar la distorsión de las imágenes.

Así, a pesar de los pesares, o intencionadamente por sus creadores, las obras resultarán casi siempre inacabadas, a no ser que su destino final sea el olvido. Pero ya lo decía Oscar Wilde, “mejor mal, a que no hablen de ti”. Cuando la imagen se convierte en pública, la propiedad se mantiene, pero el dominio sobre ella se desprende del autor y la fuerza de su mensaje se verá reforzada o desafiada por el contrapeso de la interpretación. La significación de la imagen de la que nos habla Berger dependerá, pues, del bucle infinito que suponen los modos de ver, tantos como mundos significan en cada uno de nosotros.